

Vivir contemplativamente el Sábado Santo

Introducción

1. El primer Sábado Santo

Los discípulos

Las mujeres

Los enemigos

Jesús

- 1) La realidad de la muerte de Jesús
- 2) La acción salvadora de Jesús con los que están en el reino de la muerte, esperando ser liberados de la misma María

2. La celebración del Sábado Santo

La oración conclusiva

Los salmos e himnos del Oficio de lectura

Las lecturas del oficio

La liturgia oriental de la Pascua que rememora la entrada victoriosa de Cristo en el lugar de los muertos

El sábado santo y nuestro mundo

El sábado santo y el contemplativo

Introducción

Al lado del Viernes Santo, con la impresionante celebración de la muerte del Señor, y de la Solemne Vigilia Pascual, en la que la Iglesia estalla de gozo pascual, el Sábado Santo aparece como un día sin especial contenido dentro del Triduo Pascual, como una

especie de descanso de lo vivido hasta ese momento y de preparación para lo que está por venir.

Esto supone una falta de conocimiento que lleva a una vivencia muy limitada del Sábado Santo que ha obligado a la Iglesia a introducir en este día el contenido propio de la Pascua.

La anticipación progresiva de la vigilia pascual fue llenando cada vez más ese vacío tan elocuente. Cuando a partir del siglo XVI se celebró la vigilia pascual por la mañana, empezaron a sonar las campanas de Pascua en la mañana del sábado. Éste perdió desde entonces toda su significación original. Una de las ventajas de la reintegración de la vigilia santa a la noche ha sido devolver al sábado santo su primitiva significación^[1].

Es cierto que hemos recuperado (aunque no en todas partes por igual) la celebración de la Vigilia Pascual en la noche del sábado al domingo, pero desgraciadamente no hemos recuperado la «significación original» del Sábado Santo.

Para ayudar a subsanar esta laguna vamos a intentar introducirnos en este significado en varios pasos:

1. El primer Sábado Santo.
2. La celebración del Sábado Santo.
3. El Sábado Santo y nuestro mundo.
4. El Sábado Santo en la vida del contemplativo secular.

Haremos este recorrido no con un interés erudito, sino con la finalidad clara de aprender a adentrarnos en el misterio de este día y de vivir más intensamente el Triduo Pascual, nuestra vida cristiana y nuestra vocación de contemplativos.

1. El primer Sábado Santo

Como el Sábado Santo no tenemos ninguna celebración litúrgica de la importancia de la Pasión del Señor y de la Vigilia Pascual, con sus lecturas y predicación, podemos pensar que este día es un día vacío, en el que no pasa nada. Y no es cierto. Los protagonistas de la pasión y de la resurrección tienen actitudes y

reacciones durante el Sábado Santo que debemos conocer y meditar. Algunas ya las conocemos por los evangelios, y otras las podemos deducir de lo que sabemos por los mismos.

Pero antes, una pequeña nota previa para aclararnos: para los judíos del tiempo de Jesús el día no comienza con el amanecer, como para nosotros, sino con el atardecer. Por lo tanto la última cena, la pasión y la sepultura suceden dentro del Viernes Santo. Jesús resucita a una hora desconocida de lo que nosotros consideramos la noche del sábado al domingo, pero para ellos es claramente ya el domingo, que empezó con la puesta del sol. Y por tanto, a lo largo de todo el Sábado Santo, Jesús -o al menos su cuerpo- está en el sepulcro. Se trata, pues, del día que demuestra la veracidad de la muerte de Jesús, que resucita «al tercer día» porque en el cálculo cronológico judío se tiene en cuenta el viernes que es sepultado, el sábado que permanece en el sepulcro y el domingo que sale victorioso de la tumba. Por eso san Pablo puede decir que

Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras (1Co 15,34).

Así pues, la sepultura de Jesús, así como el día completo que pasa su cuerpo en el sepulcro, son la garantía de una muerte verdadera y, por tanto, de una resurrección verdadera.

Veamos ahora lo que hacen los distintos personajes del Evangelio a lo largo de ese día:

Los discípulos

De los que más noticias tenemos -y no precisamente buenas- en este día es de los Apóstoles.

Sabemos por el evangelio de san Juan que estaban encerrados por miedo a los judíos (Jn 20,19), porque así los encuentra el Señor al finalizar el domingo de Pascua. No es arriesgado presumir que esperaban correr la misma suerte que Jesús y temían que las autoridades judías también quisieran eliminarlos a ellos.

Es más, sabemos que, por lo menos a algunos, se les había derrumbado la fe y la esperanza. Así lo cuentan los discípulos de Emaús:

Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió (Lc 24,21).

Por el texto podemos deducir que, aquel día, estos discípulos, inundados por la amargura de su esperanza rota, están haciendo el hatillo para volver a sus asuntos una vez pasara el descanso sabático que les obligaba a permanecer en Jerusalén.

Las mujeres

Con un sentido más práctico y un afecto más vivo, las mujeres pasan el sábado pensando en lo precipitado de la sepultura de Jesús y que tienen que terminar de embalsamar su cadáver. Esa era su intención desde que dejaron el cuerpo de Jesús en el sepulcro.

Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto (Lc 23,55-56).

Están expectantes, pero no a lo que el Señor predijo que iba a suceder, sino a lo que ellas tenían que hacer. Prueba de ello es que a primera hora de la mañana, en cuanto sale el sol, se dirigen al sepulcro con los ungüentos. Para ellas, el sábado santo no es tiempo de esperanza, sino de espera para mostrar su veneración al cuerpo muerto de Jesús.

Los enemigos

Para los enemigos de Jesús, el sábado es tiempo de descanso, porque piensan que han solucionado el problema que suponía Jesús para ellos. Los sumos sacerdotes, escribas y fariseos ya pueden despreocuparse de él, de su predicación y de sus milagros,

de su poder sobre la multitud y de sus continuos reproches a su forma de actuar. El asunto ha concluido y han resuelto el problema.

Para Pilato y para Herodes Jesús no era tan problemático pero se vieron implicados en su pasión; y su muerte les ofrece la tranquilidad de haberse quitado un problema de encima y poder seguir ocupándose de sus cosas.

Pero su alivio y despreocupación no es plena, porque siguen pensando en sus intereses y estrategias políticas:

A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor estando en vida anunció: “A los tres días resucitaré”. Por eso ordena que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos”. La última impostura sería peor que la primera». Pilato contestó: «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis». Ellos aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y colocando la guardia (Mt 27-62-66).

De modo que para los enemigos de Jesús el Sábado Santo estuvo teñido de preocupación por sus intereses. Es triste pensar que parece que los únicos que se acordaron de la promesa del Señor: «a los tres días resucitaré», fueron sus enemigos.

Jesús

Mientras los discípulos piensan sólo en el cuerpo muerto del Maestro que yace en el sepulcro, no cesa la actividad salvadora de Jesús el mismo Sábado Santo, actividad que es fundamental en el misterio salvador y que recoge tanto la Escritura como el Credo:

Por eso dice la Escritura: «Subió a lo alto llevando cautivos y dio dones a los hombres». Decir subió supone que había bajado a lo profundo de la tierra; y el que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llenar el universo (Ef 4,9-10)[\[2\]](#).

Fue crucificado muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos (Símbolo de los Apóstoles).

Este descenso de Jesús a los infiernos tiene dos aspectos importantes y complementarios:

1) La realidad de la muerte de Jesús

La muerte de Jesús no es mera apariencia: Por eso fue sepultado, resucita al tercer día y su alma, que permanece unida a la segunda persona de la Trinidad, desciende a los infiernos. Cuando el Nuevo Testamento afirma que Jesús «resucitó de entre los muertos»^[3], supone que Jesús descendió realmente a la morada de los muertos.

Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 632).

Eso significa que cuando decimos que Jesús descendió a los infiernos no estamos afirmando que Jesús fue al lugar de los condenados y de los demonios. De nuevo necesitamos entrar en la mentalidad bíblica, la de los contemporáneos de Jesús, y saber que ellos esperaban la resurrección de los muertos para los tiempos finales, y que, mientras tanto, las almas de los difuntos esperaban en «los infiernos», es decir, en el mundo de los muertos, que ellos colocaban debajo de la tierra, en la parte «inferior», donde existían distintas moradas para los justos o para los pecadores^[4].

La Escritura llama infiernos, sheol, o hades (cf. Flp 2, 10; Hch 2, 24; Ap 1, 18; Ef 4, 9) a la morada de los muertos donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios (cf. Sal 6, 6; 88, 11-13). Tal era, en efecto, a la espera del Redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos (cf. Sal 89, 49; 1 S 28, 19; Ez 32, 17-32), lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica como lo enseña Jesús en la parábola del pobre Lázaro recibido en el «seno de Abraham» (cf. Lc 16, 22-26) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 633).

2) La acción salvadora de Jesús con los que están en el reino de la muerte, esperando ser liberados de la misma

Jesús no sólo desciende al lugar de los muertos como verdadero hombre que participa realmente de nuestra muerte, sino como Hijo de Dios y Salvador, que va a realizar una parte importante de su misión.

Ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf. 1P 3,18-19) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 632).

El texto, un tanto enigmático, de la primera carta de san Pedro habla de ese descenso como predicación:

Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu; en el espíritu fue a predicar incluso a los espíritus en prisión (1Pe 3,18-19).

Para esto se anunció el Evangelio también a los que ya están muertos, para que, condenados como todos los hombres en el cuerpo, vivan según Dios en el Espíritu (1Pe 4,6).

La versión oficial de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española comenta así el texto de 1Pe 3,19:

En esta frase, en la que se funda el artículo del Credo sobre el «descenso a los infiernos» (es decir, al lugar de los muertos), se afirma básicamente que Cristo es el mensajero y portador de una salvación que trasciende el tiempo, el espacio y las coordenadas de la vida y de la muerte.

Cristo va a buscar a los justos del Antiguo Testamento, que no podían ir directamente al cielo porque la Pascua de Cristo no había abierto aún las puertas del Reino de los cielos.

«Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos» (Catecismo Romano, 1, 6, 3). Jesús no bajó a los infiernos para liberar a los condenados (cf. Concilio de Roma, año 745: DS, 587) ni para destruir el infierno de la condenación (cf. Benedicto

XII, Libelo Cum dudum: DS, 1011; Clemente VI, c. Super quibusdam: ibíd., 1077) sino para liberar a los justos que le habían precedido (cf. Concilio de Toledo IV, año 625: DS, 485; cf. también Mt 27, 52-53) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 632).

Por tanto, el Sábado Santo, mientras amigos y enemigos de Jesús sólo piensan en su fracaso, él realiza una parte importante de su misión salvadora, pues abarca a todos los hombres que esperan su salvación desde la creación del mundo:

El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo pero inmensamente amplia en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención.

Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte (cf. Mt 12, 40; Rm 10, 7; Ef 4, 9) para «que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan» (Jn 5, 25). Jesús, «el Príncipe de la vida» (Hch 3, 15) aniquiló «mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb 2,14-15). En adelante, Cristo resucitado «tiene las llaves de la muerte y del Infierno» (Ap 1,18) y «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos» (Flp 2, 10) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 634-625).

Curiosamente, en la iglesia oriental, la Resurrección de Cristo se representa, no con Cristo saliendo victorioso del sepulcro y con los soldados que lo custodiaban deslumbrados, sino con el descenso del Señor a los infiernos representado como victoria y rescate. Así es el «icono de la Resurrección», en el que Cristo, a veces con la cruz en la mano -convertida ya en instrumento de salvación- saca de la muerte a Adán y Eva, rodeados de los justos del Antiguo Testamento. Mientras tanto, pisa las puertas del abismo, que han sido derribadas, y están tiradas en el suelo junto a los cerrojos y las cadenas de la muerte que han sido rotas para siempre.

He aquí, pues, que conforme a su promesa, vestido con la púrpura de su carne el rey de la gloria visita a los que se hallaban prisioneros y proclama la liberación de quienes yacían entre las sombras (Juan

Damasceno) [...] Cayó en las fauces de la muerte y, como Jonás en el vientre del cetáceo, reposó entre los muertos: no como vencido, sino para recuperar la dracma perdida, para rescatar a la oveja extraviada, es decir, a Adán. Antorcha luminosa, la carne de Dios disipa las tinieblas del averno. Y brilla la luz en medio de las tinieblas (Orígenes). El icono de la resurrección de Cristo es la representación gráfica de este gran misterio: el descenso del señor a los infiernos para liberar las almas de los justos (San Cirilo de Jerusalén)[5].

Los santos Padres de oriente y la liturgia oriental mantienen vivo el recuerdo de la acción salvífica de Cristo el Sábado Santo:

Que nadie tema a la muerte, ya que hemos sido liberados por la muerte del Salvador, quien la ha derrotado mientras a ella se encontraba sometido. Ha vencido al infierno Aquel que descendió a los infiernos; lo ha acibarado por haberse atrevido a tocar su carne. Ya Isaías lo había predicho al exclamar: «Amargóse el infierno al encontrarse contigo en los abismos». Amargóse el infierno por haber sido desmantelado, por haber sido engañado, por haber sido encadenado. Se apoderó de un cuerpo y se ha encontrado con un Dios; se adueñó de la tierra y encontrado se ha con el cielo; apropióse del visible y derribado ha sido por el Invisible. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh Hades, tu victoria? (San Juan Crisóstomo)[6].

Lo cantan de forma poética:

Bajaste a lo más hondo de la tierra, y quebraste las puertas y cerrojos que a todos, prisioneros, retenían; y, después de tres días, cual Jonás en el seno del cetáceo, saliste del sepulcro vencedor. Cristo resucitó de entre los muertos, hiriendo con su muerte a la misma muerte y dando la vida en sus sepulcros a los muertos[7].

María

El Evangelio no nos dice nada de lo que hace María el Sábado Santo. No la vemos entre las mujeres que salen de madrugada al sepulcro, ni recogen los evangelios ninguna aparición del Resucitado a su Madre. Lo último que sabemos de ella es que

«estaba» al pie de la cruz de Jesús y que fue entregada al discípulo amado como «madre» (cf. Jn 19,25-27). María no está lejos de su Hijo en el momento de su muerte salvadora. No huye por miedo. Simplemente: «estaba». Y esa palabra indica, al contrario que muchas representaciones artísticas, que María se mantenía en pie, firme, junto a la cruz de su Hijo.

Podemos pensar que María, al contrario de los temerosos y decepcionados discípulos, se mantuvo también firme durante el Sábado Santo, en su dolor y soledad, haciendo lo que ella hizo siempre: «Conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19; cf. v. 51).

No es descabellado pensar, por tanto, que la perfecta discípula de Jesús supo guardar en su corazón las palabras que su Hijo venía repitiendo a sus discípulos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días» (Mc 8,31 y *passim*). Con el dolor intenso que había desgarrado su corazón al unirse a la pasión de su Hijo, María -quizá la única- habría sabido mantener la esperanza, acostumbrada como estaba desde el principio a creer que «para Dios nada hay imposible» (Lc 1,37), y a saber esperar a que se cumplieran los planes «imposibles» de Dios.

María, con el corazón roto por la pérdida de su Hijo, creyendo y esperando en la oscuridad de la fe, es seguramente nuestra mejor referencia para el Sábado Santo.

2. La celebración del Sábado Santo

Dice la rúbrica de la nueva edición del Misal Romano:

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, su descenso a los infiernos, y esperando su misericordia.

Es por tanto un día intenso de oración, marcado por el silencio junto a la sepultura del Señor, en el que contemplamos y nos

empapamos de los tres grandes misterios que se entrelazan con el sepulcro:

-La pasión y muerte del Señor, que le lleva al sepulcro. Necesitamos tiempo y silencio para asimilar la muerte del Señor celebrada y contemplada el día anterior, para que vaya posándose en nosotros el misterio de la entrega del Señor por amor hasta la muerte en cruz (cf. Jn 3,16; 15,14) y dejar que cale en nuestro interior que el Señor me amó hasta entregarse por mí (cf. Gal 2,20). El sepulcro es la prueba de hasta dónde llega el amor del Señor.

-El misterio del descenso del Señor a los infiernos, que realiza mientras su cuerpo está en el sepulcro, del que hemos hablado anteriormente, que es el más específico del Sábado Santo y el más desconocido.

-La espera de la palabra definitiva de Dios, que se producirá en este sepulcro que ahora está lleno y cerrado, pero que esperamos que no permanecerá así para siempre. A pesar del aparente fracaso que supone la muerte y el sepulcro, mantenemos la fe en las promesas del Señor y la esperanza en que se manifestará definitivamente su misericordia.

El día en el que el cuerpo del Señor permanece en el sepulcro, la Iglesia no celebra la Eucaristía (la comunión sólo se puede distribuir en caso de viático), el altar permanece desnudo. Pero eso no quiere decir que sea un día en el que la Iglesia no hace nada, ni que sea un día en el que la Liturgia de la Iglesia se detiene o se elimina.

Es muy importante hacer de este día también, a semejanza del Viernes santo, un día fuerte e intenso de oración, e incluso -según las posibilidades- de celebración (Farnés)[\[8\]](#).

Y en este sentido la Liturgia de las Horas -que no olvidemos que es parte integrante de la Liturgia de la Iglesia- es la que toma el protagonismo el Sábado Santo [\[9\]](#). Los salmos, las lecturas bíblicas y las lecturas de los Padres de la Iglesia nos indican qué

meditar, qué pedir y qué esperar ese día. Vamos a analizar algunos elementos de esta liturgia, que nos introducen en el contenido -de fe y espiritual- de este día. Los ofrecemos como pistas para la oración y contemplación de ese día.

La oración conclusiva

Permitásenos empezar por el fin para fijarnos en la oración conclusiva, común a todas las horas litúrgicas, y que es el equivalente a la oración colecta de la misa de ese día y, por tanto, marca el contenido y la petición propia de ese día:

Señor todopoderoso, cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos y salió victorioso del sepulcro, te pedimos que concedas a todos tus fieles, sepultados con Cristo por el bautismo, resucitar también con él a la vida eterna.

De nuevo, la Iglesia orienta nuestra mirada a lo que está sucediendo en el Sábado Santo y a lo que va a suceder a continuación, dos caras de la victoria de Cristo alcanzada en la cruz: la que se realiza en el lugar de los muertos y la que se manifiesta al salir del sepulcro vencedor de la muerte y del pecado.

La petición que marca este día nos indica lo que constituye el núcleo de nuestra pascua, que es participar en la muerte y la resurrección de Cristo, reproducir en nosotros su sepulcro y la nueva vida que nos trae. Todo esto, que se realizó en el bautismo, lo tenemos que llevar a plenitud en nuestra existencia concreta. Algunas de las lecturas patristicas a las que nos referiremos más adelante nos permitirán profundizar en esta importante verdad [\[10\]](#).

Al invitarnos a orar junto al sepulcro de Cristo, la Iglesia, lejos de proponernos experimentar una tristeza sensible o centrarnos en la ausencia de Cristo, nos mueve a reproducir en nosotros el misterio pascual del Señor, para que terminemos de morir al hombre viejo, marcado por el egoísmo y la rebeldía, para nacer a la vida eterna, que no es otra cosa que participar de la vida trinitaria o, lo que es lo mismo, llevar el bautismo a su plenitud, ya en este mundo.

Los salmos e himnos del Oficio de lectura

Vamos a fijarnos en el oficio prolongado tal como lo propone el rito monástico [\[11\]](#). Son las antífonas y las citas que acompañan a los salmos las que nos ofrecen pistas valiosas para encontrar el sentido de estas oraciones en el contexto litúrgico del Sábado Santo.

Salmo 4: Presenta el contraste de la aflicción y la confianza, que nos ayuda a aplicar al Señor este salmo: él descansa en paz, pero no en la paz de los cementerios, sino la paz del que se pone en manos del Señor. Por eso dice la antífona: «Dormiré y descansaré en paz».

Salmo 14: La promesa de que el justo puede entrar en la presencia de Dios, representada por su tienda y por su monte santo, es especialmente aplicable al Señor que yace en el sepulcro. Por eso, ante la aparente victoria de sus enemigos, podemos esperar que se cumpla, especialmente en Jesús, la promesa del Señor y podemos proclamar con la antífona: «Se hospedaré en su tienda, habitará en su monte santo».

Salmo 15: Nuevo salmo de confianza del que se entrega plenamente a Dios y puede esperar que «no lo entregue a la muerte», ni lo deje «conocer la corrupción». Por eso, como dice la antífona, Jesús desde el sepulcro puede proclamar: «Mi carne descansa serena».

Salmo 29: Canto de gratitud del que «baja a la fosa» y experimenta que Dios «cambia su luto en danzas». Jesús puede anticipar ya esta acción de gracias en la certeza de poder decir, con la antífona: «Sacaste mi vida del abismo».

Salmo 71: Salmo mesiánico, muy apropiado para avivar la espera del Mesías en el Adviento, que aquí se fija más bien en «el pobre que clamaba» y en el «afligido sin protector», para proclamar desde ese desvalimiento que será rescatado de la violencia y su

sangre será preciosa. Paradójicamente, Jesús es a la vez, el desvalido, crucificado y depositado en tierra, que será rescatado de la muerte, y el Mesías salvador que librerá al pobre que clamaba, porque, para salvarnos, ha querido pasar por lo mismo que sus hermanos.

Salmo 76: El orante se dirige a Dios con angustia, pero recuerda las hazañas de Dios. Nosotros, junto al sepulcro de Cristo, tampoco podemos olvidar lo que Dios ha hecho desde la creación para aprender a esperar la acción de Dios.

Cántico 1 (Jr 14,17-21): Aquí nos ayuda el título: «Lamentación del pueblo en tiempo de hambre y de guerra», y la cita bíblica (que también se puede usar como antifona): «Está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). Nos resulta fácil hacer nuestra, junto al sepulcro de Jesús, esta lamentación del pueblo, pero sin olvidar que está cerca la salvación que viene por la muerte de Cristo, y teniendo en cuenta que para acoger el reino de Dios que está a punto de surgir son necesarias la fe y la conversión. De nuevo, la antifona, que sirve para los tres cánticos, nos ayuda a relacionar este salmo con Cristo en el sepulcro: «Clamé al Señor desde el vientre del abismo y me atendió».

Cántico 2 (Ez 36,24-28): El texto de Ezequiel, curiosamente una de las lecturas de la Vigilia Pascual, anuncia el cambio que realiza la Pascua, el que nos trae la muerte y la resurrección de Cristo; por esa razón, la Liturgia titula este cántico «Dios renovará a su pueblo» y lo comenta con la cita del final del Apocalipsis, contenida en este oráculo de Ezequiel, pero dicha cuando esa promesa haya llegado a su plenitud: «Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios» (Ap 21,3). De nuevo, junto al sepulcro mantenemos la esperanza de saber que Dios actúa.

Cántico 3 (Jon 2,3-10): Por último, la Liturgia nos presenta una oración poco conocida y poco usada, la que dirige Jonás a Dios desde el vientre de la ballena. El título nos aclara que Jonás es signo de Jesús y la cita bíblica nos recuerda que el mismo Jesús,

cuando predijo su muerte y resurrección, empleó el signo de Jonás: «Tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra» (Mt 12,20). Ciertamente las palabras del profeta enviado a Nínive, que está en lo hondo del abismo, expresan muy bien la situación de Jesús sepultado, pero traslucen, como toda la liturgia de hoy, la esperanza de que Dios atiende la súplica que viene del peligro y que «saca la vida de la fosa» porque «la salvación viene del Señor».

La recitación serena de estos salmos nos empapa de la situación dolorosa y esperanzada que supone el Sábado Santo y nos ayuda a esperar la salvación de Dios.

Las lecturas del oficio

El Oficio de lecturas según el rito monástico contempla un doble ciclo de lecturas. Cada ciclo tiene una lectura bíblica, una lectura patrística, la lectura del evangelio de la sepultura del Señor y una homilía, tomada también de los santos Padres. Ponemos aquí una pequeña reseña de los textos bíblicos y reproducimos los textos patrísticos que no están al alcance de todos, y que ayudan enormemente a la contemplación en el sábado santo.

Heb 4,1-13 (año par): La carta a los Hebreos, una verdadera homilía para cristianos de origen judío tentados de abandonar el seguimiento de Cristo, exhorta a entrar en el descanso del Señor. Al ver el cuerpo de Cristo que descansa en el sepulcro, en el día del sábado, recordamos la promesa de entrar en el descanso del Señor, la tierra prometida, el cielo. Nos tenemos que empeñar en entrar en el verdadero descanso que nos abre la muerte y resurrección del Señor y no quedarnos fuera, como aquellos que en el éxodo quedaron fuera de la tierra prometida por falta de fe. El Sábado Santo, preludio de la victoria de Cristo, nos da esperanza y, a la vez, nos exhorta a no quedarnos fuera de esa esperanza por endurecer nuestro corazón.

Lam 5,1-22 (año impar): El libro de las Lamentaciones recoge los llantos y gemidos del profeta Jeremías tras la caída de Jerusalén. Al empaparnos de la situación del pueblo después de la derrota de la ciudad santa y la destrucción del templo, expresamos también nuestra situación de abandono por la muerte de Jesús y la aparente derrota: «hemos quedado huérfanos». Pero, como ellos, más que ellos, podemos pedir a Dios que nos mire y renueve en nosotros su salvación.

Del comentario sobre el evangelio de san Juan de San Cirilo de Alejandría, presbítero (año par)

Con su cuerpo sepultado, Cristo termina de compartir todo lo nuestro y a la vez está a punto de hacerse realidad la novedad que ha venido a traernos.

Con su muerte corporal, Cristo redimió la vida de todos.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía.

Fue contado entre los muertos el que por nosotros murió según la carne; huelga decir que él tiene la vida en sí mismo y en el Padre, pues ésta es la realidad. Mas para cumplir todo lo que Dios quiere, es decir, para compartir todas las exigencias inherentes a la condición humana sometió el templo de su cuerpo no sólo a la muerte voluntariamente aceptada, sino asimismo a aquella serie de situaciones que son secuelas de la muerte: la sepultura y la colocación en una tumba.

El evangelista precisa que en el huerto había un sepulcro y que este sepulcro era nuevo. Lo cual, a nivel de símbolo, significa que con la muerte de Cristo se nos preparaba y concedía el retorno al paraíso. Y allí, en efecto, entró Cristo como precursor nuestro.

La precisión de que el sepulcro era nuevo indica el nuevo e inaudito retorno de Jesús de la muerte a la vida, y la restauración por él operada como alternativa a la corrupción. Efectivamente, en lo sucesivo nuestra muerte se ha transformado, en virtud de la muerte de Cristo, en una especie de sueño o de descanso. Vivimos, en efecto, como aquellos que —según la Escritura—, *viven para el Señor*. Por esta razón, el apóstol

san Pablo, para designar a los que han muerto en Cristo, usa casi siempre la expresión «los que se durmieron».

Es verdad que en el pasado prevaleció la fuerza de la muerte contra nuestra naturaleza. *La muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre los que no habían pecado con un delito como el de Adán*, y, como él, llevamos la imagen del hombre terreno, soportando la muerte que nos amenazaba por la maldición de Dios. Pero cuando apareció entre nosotros el segundo Adán, divino y celestial que, combatiendo por la vida de todos, con su muerte corporal redimió la vida de todos y, resucitando, destruyó el reino de la muerte, entonces fuimos transformados a su imagen y nos enfrentamos a una muerte, en cierto sentido, nueva. De hecho esta muerte no nos disuelve en una corrupción sempiterna, sino que nos infunde un sueño lleno de consoladora esperanza, a semejanza del que para nosotros inauguró esta vía, es decir, de Cristo.

Homilía antigua sobre el grande y santo sábado (año impar)[12]

Presenta en forma de diálogo el descenso salvador del Señor a los infiernos del que hemos hablado más arriba. Está llena de referencias bíblicas que expresan el contenido del Sábado Santo y que ayudan a recordar lo que Jesús ha hecho por nosotros en su pasión:

El descenso del Señor al abismo

¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo.

Va a buscar a nuestro primer padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva.

El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca a ellos. Al verlo, nuestro primer padre Adán, asombrado por tan gran acontecimiento, exclama y dice a todos: «Mi Señor esté con todos». Y Cristo, respondiendo, dice a Adán: «Y con tu espíritu». Y, tomándolo

por la mano, lo levanta, diciéndole: «*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz*».

Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “Salid”, y a los que se encuentran en las tinieblas: “Iluminaos”, y a los que duermen: “Levantaos”.

A ti te mando: *Despierta, tú que duermes*, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; *levántate de entre los muertos*, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho tu hijo; por ti, yo, tu Señor, he revestido tu condición servil; por ti, yo, que estoy sobre los cielos, he venido a la tierra y he bajado al abismo; por ti, me he hecho hombre, *semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos*; por ti, que fuiste expulsado del huerto, he sido entregado a los judíos en el huerto, y en el huerto he sido crucificado.

Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolvarte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte del peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido.

Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado, por ti, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño del abismo. Mi lanza eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso.

Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste. Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol, yo, que soy la vida y que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo que el querubín, reconociendo tu dignidad, te sirva.

El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos; se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, han sido abiertos los

tesoros de todos los bienes, y el reino de los cielos está preparado desde toda la eternidad».

Del comentario de Orígenes, presbítero, sobre la carta a los Romanos (año par)

La sepultura de Cristo que da paso a la vida nueva, nos recuerda que nosotros hemos sido incorporados ya sacramentalmente (de forma simbólica y eficaz) a la muerte y resurrección del Señor. Orígenes nos muestra como adherirnos existencial y plenamente al paso de la muerte a la vida.

La muerte de Cristo y la muerte de los cristianos

Cuando el Apóstol dice: *Por el bautismo, fuimos incorporados a su muerte, quedando incorporados a él por una muerte semejante a la suya*, quiere demostrarnos de este modo que estamos con Cristo muertos al pecado, habiendo muerto Cristo por nuestros pecados, según las Escrituras. Y en virtud de su muerte, concedió a los creyentes, como premio a su fe, la gracia de morir a su propio pecado: es decir, a cuantos están seguros, por la fe, de haber muerto con él, de haber sido con él crucificados y sepultados, por cuya razón el pecado ya no puede actuar en ellos, como no puede actuar en los muertos. Por esto se dice que han muerto al pecado.

Por lo cual, afirma el Apóstol: *Si morimos con él, viviremos con él*. No dice «hemos vivido», como dice «hemos muerto»; sino «viviremos», para demostrar cómo la muerte actúa en el presente, la vida, en cambio, en el futuro, esto es, *cuando aparezca Cristo*, que es nuestra vida escondida en Dios. De momento, sin embargo, *la muerte está actuando en nosotros*, como enseña el mismo Pablo.

Ahora bien, esa misma muerte que actúa en nosotros, me parece que presenta diferentes aspectos. En Cristo, al menos, se distinguen tres momentos: uno fue el tiempo de la muerte propiamente dicha, cuando *Jesús, dando un fuerte grito, exhaló el espíritu*; otro fue el tiempo en que yació en el sepulcro sellado; y otro, finalmente, cuando, buscado en la tumba, no fue hallado por haber ya resucitado. A nadie le fue dado ver los primeros instantes de aquella gloriosa resurrección. Pues bien: a nosotros, que creemos en él, nos es dado experimentar este triple género de muerte.

En primer lugar, hemos de mostrar en nosotros la muerte de Cristo mediante la profesión de fe: *Por la fe del corazón llegamos a la justicia*,

y por la profesión de los labios, a la salvación. En segundo lugar, con la mortificación de los miembros terrenales, puesto que ahora *en toda ocasión llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús*; y éste es el significado de las palabras: *la muerte está actuando en nosotros*. En tercer lugar, cuando hayamos resucitado ya de entre los muertos y andemos en una vida nueva.

Y para explicarnos con mayor precisión y brevedad, podríamos decir que el primer momento de la muerte consiste en renunciar al mundo; el segundo, en renunciar asimismo a las pasiones de la carne; mientras que la plenitud de la perfección radica en la luz de la sabiduría, y éste es el tercer momento: el momento de la resurrección. Sin embargo, estos diversos aspectos que se encuentran en cualquier creyente, y los diversos grados del progreso, sólo puede conocerlos y discernirlos aquel a quien le son patentes los secretos del corazón.

Pues bien: Cristo voluntariamente *se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, y soportó el dominio del tirano, hasta someterse incluso a la muerte*. Por su muerte destruyó al señor de la muerte, esto es, al diablo, para liberar a los esclavos de la muerte. Cristo en efecto, después de haber atado al fuerte y habiéndolo vencido en su cruz, se dirigió a su misma casa, la casa de la muerte, el infierno, y allí arrambló con su ajuar, es decir, liberó las almas que tenía prisioneras. Así se cumplió lo que el mismo Cristo había dicho en el evangelio, con palabras misteriosas: *Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata*. Así pues, primero lo ató en la cruz; después entró en su casa, esto es, en el infierno, de donde *subió a lo alto llevando cautivos*, a saber, los que con él resucitaron y entraron en la ciudad santa, la Jerusalén del cielo. Por eso dice justamente el Apóstol: *La muerte ya no tiene dominio sobre él*.

San León Magno, Sermón 70, sobre la Pasión del Señor (año impar)

El santo papa nos advierte de que no podemos unirnos a la celebración de la Pascua, si no nos unimos a la pasión y muerte del Señor, recordándonos la íntima unión entre la celebración y la vida. No pasemos por alto una joya de este sermón: «La pasión del Señor se prolonga hasta el fin del mundo». Eso nos permite unirnos a ella.

Si sufrimos con él, también con él seremos glorificados

En Cristo nos fue otorgado este don singular: que en la naturaleza pasible no subsistiera la condición mortal, que la esencia impasible había asumido, de suerte que en razón de lo que no podía morir, resucitase lo que estaba muerto.

Hemos de esforzarnos, carísimos, con la máxima intensidad de nuestro cuerpo y de nuestra alma, por sintonizar perfectamente con este sacramento. Pues si descuidar las fiestas pascales es ya un gravísimo sacrilegio, es todavía más peligroso sumarse, sí, a las asambleas litúrgicas, pero sin participar en la pasión del Señor. Pues si el Señor dice: *El que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí*; y el Apóstol: *Si sufrimos con él, también con él seremos glorificados*, ¿quién honra verdaderamente a Cristo paciente, muerto y resucitado, sino el que con él padece, muere y resucita? Estas realidades comenzaron ya, en todos los hijos de la Iglesia, con el mismo misterio de la regeneración, en el que la muerte del pecado es la vida del renacido, y en el que la trina inmersión recuerda los tres días de la muerte del Señor. De modo que, eliminado un cierto comportamiento típico de la sepultura, los que el seno de la fuente recibió viejos, los da a luz, rejuvenecidos, el agua del bautismo. Sin embargo, hay que llevar a cabo en la vida lo que se ha celebrado en el sacramento, y los renacidos del Espíritu Santo no conseguirán mantener a raya lo que en ellos queda de tendencias mundanas si rehúsan aceptar la cruz.

Por tanto, cuando alguien se dé cuenta de que rebasa los límites de la disciplina cristiana y que sus pasiones le arrastran hacia lo que le obligaría a desviarse del recto camino, recurra a la cruz del Señor y clave en el leño de la vida los impulsos de su mala voluntad. Invoque al Señor con las palabras del profeta, diciendo: *Traspasa mi carne con los clavos de tu temor; yo respeto tus mandamientos*.

¿Qué significa tener la carne traspasada con los clavos del temor de Dios, sino mantener los sentidos corporales alejados del atractivo de los deseos ilícitos por miedo al juicio de Dios? De suerte que quien resiste al pecado y da muerte a sus concupiscencias para que no hagan nada digno de muerte, tenga la osadía de repetir con el Apóstol: *Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en el cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo*.

Así pues, que el cristiano se establezca allí donde Cristo lo llevó consigo, y oriente sus pasos hacia allí donde sabe que fue salvada la naturaleza humana. La pasión del Señor se prolonga hasta el fin del

mundo. Y del mismo modo que Cristo es honrado y amado en sus santos, es alimentado y vestido en sus pobres, igualmente él está compadeciéndose en todos los que sufren persecución a causa de la justicia. A menos que debamos pensar que, difundida la fe por todo el mundo y disminuido el número de los impíos, se hayan acabado todas las persecuciones y todos los combates a que anteriormente fueron sometidos los santos mártires, como si la necesidad de llevar la cruz sólo incumbiera a los que fueron sometidos a atrocísimos suplicios en un intento por separarlos del amor a Cristo.

Por tanto, las almas sabias, que han aprendido a temer a un solo Señor, a amar y a esperar en un único Dios, después de haber mortificado sus pasiones y crucificado sus sentidos corporales, no se doblegan ante el temor de enemigo alguno ni se dejan sobornar por ningún regalo. Colocaron incluso la voluntad de Dios por encima de cualquier preferencia personal, y se aman tanto más cuanto, por amor de Dios, menos se aman.

Carísimos, en tales miembros del cuerpo de Cristo se celebra legítimamente la santa Pascua y no carecen de ninguno de los triunfos adquiridos por la pasión del Salvador. Creo, amadísimos, que por hoy ya os he hablado bastante de lo concerniente a la participación de la cruz, de modo que el sacramento pascual pueda celebrarse dignamente también en los miembros del cuerpo de Cristo.

La liturgia oriental de la Pascua que rememora la entrada victoriosa de Cristo en el lugar de los muertos^[13]

Los ritos del domingo de Pascua comienzan, en la Iglesia bizantina, muy temprano.

El templo ha quedado a oscuras. Sólo se percibe el parpadeante resplandor de la lámpara permanentemente encendida en el interior del santuario. Se oye la voz de los cantores que dirigen la vigilia. Concluida esta primera parte, el celebrante principal entra en el santuario, va a encender su candela en la lámpara permanentemente encendida, y situándose después ante el iconostasio, entona el canto invitatorio:

«¡Venid y tomad la luz sin ocaso y dad gloria a Cristo, el Resucitado de entre los muertos!»

Después de haber encendido cada cual su candela, se forma la procesión y se sale del templo, cerrándose a continuación las puertas.

Según las diversas costumbres, bien en el umbral de la iglesia, bien en otro lugar, se lee el texto evangélico de Mateo en que se describe cómo, «pasado el sábado, al alborar del primer día de la semana, maría Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro», concluyendo con la aparición de Cristo resucitado.

Terminada la lectura del Evangelio, el celebrante principal se acerca a la puerta cerrada del templo y la golpea con la cruz que lleva en la mano. Con tono imperativo exclama:

-«¡Puertas, levantad vuestros dinteles, alzaos, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria!»

Alguien –ordinariamente, el sacristán o un clérigo-, que ha quedado dentro del templo pregunta:

-«¿Quién es este Rey de la gloria?» Y responde el celebrante:

-«¡Un Señor fuerte y poderoso, un Señor valeroso en la guerra!» Y reitera la intimación:

-«¡Abrid las puertas...!»

Desde el interior, con gran estrépito de cadenas y cerrojos, como queriendo candar todavía más la puerta, pregunta el otro con nueva insistencia:

-«¿Quién es este Rey de la gloria?»

A la tercera intimación, seguida por idéntica respuesta de identificación, grita el celebrante:

-«¡El Señor de los ejércitos, éste es el Rey de la gloria!»

Y golpea las compuertas que, ahora sí, se abren de par en par permitiendo ver el templo todo él iluminado y aromatizado con los más ricos y olorosos inciensos.

El celebrante, como un nuevo Moisés, entra el primero entonando el canon del Damasceno:

-«¡Día de la resurrección: irradiemos luz, oh pueblos! Es la Pascua del Señor. ¡Es Pascua! Cristo Dios nos ha hecho pasar de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, cantando el himno de la victoria».

Con tal resplandor de luces y el gozo exultante de la resurrección, tienen los fieles ante sí la representación iconográfica del descenso del Señor a los infiernos.

3. El Sábado Santo y nuestro mundo

Después de contemplar el primer Sábado Santo y las pistas que nos ofrece la Liturgia para profundizar en su contenido, es conveniente que miremos a nuestro mundo y, no sólo descubrir cómo viven este día la mayoría de las personas y -hay que reconocerlo con tristeza- la mayoría de los católicos: como un día de vacaciones en el que se llenan las playas si hace bueno o se está en medio de un esperado viaje. Para algunos, las procesiones del Santo Entierro o de la Soledad de la Virgen les llevan más a entusiasmarse con su aspecto folclórico o estético que a hacerles participar de los misterios que se entrelazan este día: el sacrificio redentor, el descenso a los infiernos, la esperanza de la gloria. Pero no sólo tenemos que fijarnos en esto, sino en que todo nuestro mundo vive como en un inacabable Sábado Santo en el que Cristo ha sido eliminado -¡al fin!, dirán algunos- de nuestra presencia. Lo hemos enterrado y prescindimos de él en nuestra sociedad, en nuestra cultura, en las decisiones importantes, en la organización de nuestra vida cotidiana.

Muchos, y no sólo los ateos, se sienten aliviados, como los sumos sacerdotes, porque Jesús ya no les estorba diciendo lo que está bien y lo que está mal, lo que somos y qué nos hace felices. No necesitamos a Jesús, ni a Dios; y nos sentimos más a gusto por ello. Sólo algunos, los más suspicaces, vigilan la tumba para que no vengan ahora a decirnos que está vivo y haya que hacerle caso.

Sin embargo, el cristiano, y más el contemplativo, no puede vivir su fe olvidando que la mayoría de las veces tiene que hacerlo en lo que se parece más al Sábado Santo que al Domingo de gloria; conscientes de que, como los discípulos, no sabemos cómo interpretar la ausencia del Señor y el aparente triunfo de sus

enemigos. Como ellos, andamos encerrados por miedo, o salimos huyendo porque no nos salen las cuentas de una fe que nos tiene que traer todo tipo de ventajas: «Nosotros esperábamos...»

Pero no podemos seguir sorprendiéndonos ni quejándonos de que un mundo que vive contento porque ha enterrado a Cristo se desmorone a nuestro alrededor y no encontremos a dónde agarrarnos. Alguien tan poco sospechoso para el mundo ateo como Nietzsche proclamó las terribles consecuencias de matar (y enterrar) a Dios:

¿No habéis oído hablar de ese hombre loco que, en pleno día, encendía una linterna y echaba a correr por la plaza pública, gritando sin cesar, «busco a Dios, busco a Dios»?

Como allí había muchos que no creían en Dios, su grito provocó la hilaridad. «Qué, ¿se ha perdido Dios?», decía uno. «¿Se ha perdido como un niño pequeño?», preguntaba otro. «¿O es que está escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?» Así gritaban y reían con gran confusión.

El loco se precipitó en medio de ellos y los traspasó con la mirada: «¿Dónde se ha ido Dios? Yo os lo voy a decir», les gritó. «¡Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos somos sus asesinos! Pero, ¿cómo hemos podido hacer eso? ¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Y quién nos ha dado la esponja para secar el horizonte? ¿Qué hemos hecho al separar esta tierra de la cadena de su sol? ¿Adónde se dirigen ahora sus movimientos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos incesantemente? ¿Hacia adelante, hacia atrás, de lado, de todos lados? ¿Hay aún un arriba y un abajo? ¿No vamos como errantes a través de una nada infinita? ¿No nos persigue el vacío con su aliento? ¿No hace más frío? ¿No veis oscurecer, cada vez más, cada vez más? ¿No es necesario encender linternas en pleno mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿Nada olfateamos aún de la descomposición divina? ¡También los dioses se descomponen! ¡Dios ha muerto y nosotros somos quienes lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre los asesinos? Lo que el mundo poseía de más sagrado y poderoso se ha desangrado bajo nuestro cuchillo. ¿Quién borrará de nosotros esa sangre? ¿Qué agua podrá purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué juegos nos veremos

forzados a inventar? ¿No es excesiva para nosotros la grandeza de este acto?» (F. Nietzsche, *La gaya ciencia*).

¿Qué haremos nosotros en este Sábado Santo en que vivimos? ¿Qué lugar tiene el contemplativo en un mundo que ha matado a Dios? Pues, precisamente el mismo que tuvo la que supo mantenerse al pie de la cruz y vivió con esperanza el primer Sábado Santo.

4. El Sábado Santo y el contemplativo

El Sábado Santo es el tiempo «ideal» para el contemplativo; mejor dicho, sólo el contemplativo puede, no sólo sobrevivir en el Sábado Santo, sino aprovecharlo en su riquísima profundidad.

-El contemplativo, aunque otros piensen que se apoya permanentemente en la presencia sensible de Dios, está acostumbrado al silencio de Dios: sabe que Dios calla y sabe esperar a Dios. Está acostumbrado a la fe oscura, y no deja de caminar porque de momento no vea la luz.

-El contemplativo sabe diferenciar entre la apariencia y la realidad, por eso puede creer que, aunque su cuerpo yazca encerrado en el sepulcro, Cristo está realizando su victoria más allá de nuestra mirada y está derribando las puertas de la muerte y rompiendo las cadenas que esclavizan a los hombres.

-El contemplativo ha aprendido a esperar sólo en Dios y no le crea dificultad que se le vayan cayendo una tras otra sus pequeñas esperanzas, porque sabe que, cuando no quedan esperanzas humanas, es la hora de Dios. Y la esperanza no defrauda.

-La inactividad, la soledad y el silencio propios de esta santo día no asustan al contemplativo, porque el que ha sabido encontrar a Dios en el desierto no dejará de buscarlo -a él, no a su cadáver-, aunque sólo le quede el sepulcro del Señor.

-El contemplativo ha guardado en su corazón la Palabra de Dios, cree en ella más que en lo que ven sus ojos o siente su corazón; por eso ante el dolor, el fracaso y la muerte no olvida la promesa del Señor: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días».

-El contemplativo encuentra consuelo en repetir en medio del destierro unos salmos que, a la vez que gritan a Dios desde el abandono, proclaman sin lugar a dudas que la salvación viene de nuestro Dios.

-El contemplativo -aunque se siente extraño a los que se alegran de la ausencia del Señor y a los que se lamentan por ella- no puede temer ni huir, porque sabe que tiene una referencia en Aquella que supo aceptar todo el dolor de la muerte de su Hijo, colaborar con él en la salvación del mundo y esperar en silencio la respuesta de Dios, que sabía que había de llegar.

Alguno pensará, quizá con envidia: ¿y sólo el contemplativo sabrá dar esta respuesta? Tal vez no. Pero ¿no deberíamos llamar con toda justicia «contemplativo» al que tenga esta fe, esta esperanza y sepa dar esta respuesta, aunque no viva en un monasterio o no tenga fama de persona espiritual? Y, ¿no habrá que dudar de que sea contemplativo el que en medio del Sábado Santo de nuestro mundo no sea reflejo de la fe y de la esperanza de María?

El verdadero contemplativo, a pesar de sentirse tan ajeno a este mundo que ha enterrado al Señor, no se queja, y sabe encontrar rápidamente su sitio. Nos lo muestra santa Teresa del Niño Jesús, una de las grandes contemplativas de la Iglesia y doctora para los tiempos de ausencia de Dios que nos ha tocado vivir:

Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza que hubiese incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa.

Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesús me hizo conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas.

Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento...

Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavía... [...]

Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar...

¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás... (Santa Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito C*, 5r^o-6r^o).

Que esta joven, que podríamos definir como «la santa de la confianza plena en la noche de la fe», nos ayude a vivir como verdaderos contemplativos cada Sábado Santo que el Señor nos conceda.

NOTAS

- [1] A. G. Martimort, *La Iglesia en oración*, Barcelona 1987 (Herder), 936.
- [2] Así lo interpreta el *Catecismo de la Iglesia Católica*, 631 y santos Padres como san Juan Crisóstomo y san Jerónimo (cf. H. Schlier, *La carta a los Efesios*, 253, n. 34).

[3] «Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello» (Hch 3,15); «Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales» (Rm 8,11); «Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto» (1Co 15,20).

[4] El libro 1 de Henoc, «una de las fuentes más importantes para conocer el mundo teológico judío inmediatamente anterior al cristianismo» (F. Corriente-A. Piñero, en A. Díez Macho (dir.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, IV, Madrid 1984 (Cristiandad), 13), pone en labios de Henoc: «De allí fui a otro lugar, y se me mostró en occidente un monte grande y alto y una fuerte roca: en medio de él había cuatro cavidades, cuyo interior era muy profundo, ancho y liso (tres oscuras y una luminosa, que tenía en medio una fuente de agua). Dije: "Qué lisas son esas cavidades, profundas y oscuras a la vista!". Entonces respondió Rafael, uno de los santos ángeles, que estaba conmigo y me dijo: "Estas cavidades son para que se reúnan en ellas los espíritus, las almas de los muertos: para ello han sido creadas, para que agrupen a todas las almas de los hijos de los hombres. Estos lugares han sido hechos para que permanezcan aquí hasta el día de su juicio, hasta llegar su plazo, que es grande hasta que llegue su gran juicio"» (1 Hen 22, A. Díez Macho (dir.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, IV, 58). A. Corriente y F. Piñero interpretan el texto diciendo: «En ese lugar se hallan tanto las almas de los justos como las de los pecadores, divididas en cuatro secciones: 1ª) para los justos que sufrieron persecución e injusta muerte... 2ª) el resto de los justos; 3ª) pecadores que vivieron sin experimentar ningún castigo en esta vida; 4ª) pecadores perseguidos durante su vida mortal y asesinados por otros pecadores» (*Ib.*, nota a Hen 22,1).

[5] G. Passarelli, *El icono de la Resurrección*, Madrid 1991 (Publicaciones Claretianas), 7-8.

[6] Citado por G. Passarelli, *El icono de la Resurrección*, 23.

[7] Oda VI, citada en G. Passarelli, *El icono de la Resurrección*, 23.

[8] P. Farnés Scherer, *Directorio del año litúrgico*,

[9] «El sábado santo no comporta reunión alguna fuera de la celebración cotidiana de las horas» (A. G. Martimort, *La Iglesia en oración*, 941). **[10]** En concreto el sermón de Orígenes, que reproducimos más adelante.

[11] *Liturgia de las horas según el rito monástico*, vol. I, Maitines, Burgos 1984 (Montecasino) y vol. III, *Leccionario Bienal Bíblico-Patristico de la*

Liturgia de las Horas, Adviento Pentecostés, Burgos 1984 (Montecasino).

El vol. II de *La Liturgia de las Horas* publicada por la Conferencia Episcopal Española sólo contiene parte de estos elementos del Oficio de lectura.

[12] «La significación espiritual del “sábado santo y grande”, del reposo de Cristo en la muerte y del anuncio de la gloria cercana al linaje de Adán, se pone de manifiesto en la lectura patristica. Se encuentra en esta homilía, atribuida a san Epifanio de Salamina (¿siglo V?), la teología de la bajada de Cristo a los infiernos presentada en la forma dramatizada propia de las liturgias de Oriente» (A. G. Martimort, *La Iglesia en oración*, 941).

[13] G. Passarelli, *El icono de la Resurrección*, 19-21.